

## FERRO-CARRIL DE AVILÉS.

No vayan á creer los lectores de la REVISTA que les voy á dar faustas noticias de la próxima construcción de este interesante ramal. ¡Ojalá pudiera complacerlos en este sentido! Mas desgraciadamente tengo que ocuparme del olvido y del triste abandono en que se encuentra.

Siete años hace que esperamos, con impaciencia, el remate del trayecto de Avilés á Villabona, y otros tantos hace que vemos, con gran pesar, burladas nuestras lógicas esperanzas de vernos enlazados por la vía férrea con todos los pueblos del mundo mercantil.

¡Cuántos disgustos, cuántos sinsabores me ha proporcionado esta palpitante cuestión! y sin embargo, no había cometido otra falta que la de explicar á mis paisanos, con toda ingenuidad y franqueza, las razones en que me apoyaba para creer que Avilés marchaba por un sendero equivocado, que no le conducía al logro de sus deseos, y que era por lo mismo necesario retroceder en busca del verdadero camino que nos había de llevar, en breve, á la prosperidad mercantil é industrial á que aspiran hoy todos los pueblos civilizados de la tierra. Pero mis esfuerzos fueron todos en vano.

No importa que los hombres de la ciencia se hubiesen puesto á mi lado: no importa que hasta la evidencia explicara yo la falsedad de los inconvenientes que se atribuían á la línea de Serin; todo en vano.

Existía un foco de falsa doctrina que se irradiaba por todo el pueblo y creaba una atmósfera asfixiante, que mataba inconscientemente nuestro ferro-carril, y con él todas las esperanzas del porvenir. Y así se hizo, y así se realizó, sobreponiéndose el amor propio á la verdad científica y al bienestar de la población.

Por más adolorido que mi ánimo se encuentre, no seré yo quien dirija imprecaciones á los que fueron causa de haber arrancado á nuestro ferro-carril seis años de vida, y con ellos seis millones de pesetas con que probablemente se hubiera enriquecido, y aumentado el valor de la propiedad. Nó: prefiero creer que el génio del mal, que un destino maldito, nos entrega al marasmo y á

la indolencia, mientras asistimos á la vida del progreso de otros pueblos, dotados de peores condiciones, y ménos favorecidos por la Providencia en todos sus accidentes. No, no: á los pueblos colectivamente no puede culparse. Ellos tienen la docilidad de dejarse guiar por aquellos individuos á quienes reputan, acaso indebidamente, de más capacidad; y estos son los que responder deben de tanta inercia, de tanta incuria, de tanto desacierto. Ellos hicieron suya una línea de ferro-carril imposible, y el pueblo atendiendo tan sólo á sus propios instintos, comprendió el absurdo del remate de una obra, cuyo capital estaba en absoluto desacuerdo con el interés que había de reportar, é hizo un esfuerzo supremo para facilitarse recursos con que hacer frente á la construcción tan deseada; pero sus medios fueron impotentes, y la postración sucedió á ese acto de virilidad.

Y así era preciso que sucediera, ¿Qué pueblo habrá que con más patriotismo y mayor generosidad se haya prestado á contribuir á un proyecto mercantilmente ruinoso?.. Ninguno. Empresas tan costosas jamás se llevan á cabo por la generosidad y el desprendimiento de los pueblos. Tales proyectos se realizan siempre por el interés privado que los concibe, los medita, los estudia; y calcula despues la utilidad que le podrá resultar. De este modo es que el interés privado no ha podido hallar utilidad en la línea de Villabona, y por eso se abstiene y se abstendrá en lo sucesivo de semejante subasta.

En medio de tan triste perspectiva conservaba yo siempre la esperanza de que la empresa explotadora del ferro-carril del N. O. se vería precisada á construir el ramal de Avilés, para auxiliar con él la exportación de mercancías que Gijón, por las condiciones actuales de su puerto, no podría realizar; y tenía la seguridad de que sería aceptada la línea de Serin por ser la más corta y más económica. Á la vez abrigaba el convencimiento de que todos los carbones de Mieres y otros muchos arrastres mercantiles irían positivamente á embarcarse en Avilés. Mas hoy si esa esperanza consoladora no se ha desvanecido en mí completamente, muy pocos átomos me quedan de ella, porque otros pueblos más previsores ó más activos ó más discretos, se adelanta-

ron á nosotros para cubrir la necesidad imperiosa de la exportacion.

Es ya una verdad que el Gobierno ha dispuesto se practiquen activamente los estudios de un ferro-carril que, enlazando con el de Trubia, pase por Pravia, orillando el Nalon y termine en Soto del Barco. Este ramal no puede tener otro objeto que auxiliar la exportacion de los productos interiores mejorando, por supuesto, las condiciones del puerto de San Estéban.

De modo que Aviles se verá incrustado entre dos vías marítimas, auxiliadas cada una de su correspondiente ferro-carril: y lo que es peor, que entónces la gran línea del N. O. necesitará poco ó nada de los servicios de nuestro querido pueblo.

Y, sin embargo, no faltará quien diga que Aviles ha hecho en obsequio de la construccion de su ferro-carril cuanto en su mano estaba, imponiéndose no pequeños sacrificios. Es verdad, es verdad que se ha movido lleno de entusiasmo; pero lo hizo acariciando una sombra que se desvanecía á medida que el pueblo la estrechaba.

Mucho tiempo hace que yo le advertiera su error; pero ¡ay! los pueblos, como todas las potestades de la tierra, no suelen admitir contradiccion y sólo aceptan aquello que lisonjea su gusto ó su capricho. Le había yo vaticinado que la línea de Villabona no se remataría; porque, como negocio industrial era impracticable. Dos veces se cumplió mi prediccion, y se volverá á cumplir cuantas veces se pretenda licitar tan desgraciado trayecto.

Entretanto corren años y años, y nuestro querido Aviles va quedando á la zaga de todos los pueblos importantes de España; y á pesar de todo, el desengaño nunca llega; pero en cambio, á mí no ha de faltarme el dictado de visionario, y acaso de mal patrióta. No lo extrañaré; no; porque si tiendo una mirada sobre la historia de la humanidad, he de encontrar muchos ejemplos.

¡Ay, Avilés Avilés! ¡cómo te has dormido, y qué triste será tu despertar! Aquellos señores que hicieron suya la infausta línea de Villabona, despues de haber aceptado la de Serin, que la salven, ¡sí! ¡que la salven! ¡tal es su deber!

FERNANDO DE OCHOA.

## MINERALOGÍA ASTURIANA.

Catálogo descriptivo de las sustancias minerales, así metálicas como lapídeas,  
DE LA  
PROVINCIA DE OVIEDO,  
seguido de  
breves indicaciones acerca de su importancia industrial.

Lo mineralogía asturiana, una de las mas ricas y variadas de España, ofrece al mineralogista como al geólogo excelentes medios de observacion y de estudio, no ménos que ricos veneros en que la industria puede ejercer su accion. Un pais como el de Astúrias, tan extenso en su escala geológica que ofrece terrenos desde los más modernos hasta los graníticos, naturalmente ha de presentar una variedad suma en sus productos mineralógicos. Con efecto, las *especies* minerales que constituyen la naturaleza especial del suelo de esta dilatada provincia, son muy numerosas, particularmente en sus *variedades*, siendo notables en este concepto los Hierros, los Carbones, los Cobres, los Azogues, las Calizas etc., presentando un conjunto admirable en su riqueza metálica y lapídea, lo cual hace que el suelo asturiano sea, bajo este punto de vista, de tanto valor para la ciencia, no ménos que para la industria, como puede serlo el que más de la Península.

Dios, que aislara esta comarca, ciñéndola con esa valla de montañas de altísima elevacion y variada naturaleza cuyas ramificaciones se extienden en el interior hasta las aguas del oceano, derramó al mismo tiempo con mano pródiga, preciosos y variados gérmenes de riqueza, codiciados en todas épocas por pueblos extraños, más conocedores de su valor ó con más ambicion, que la que han mostrado siempre, en sus costumbres sencillas, los naturales del país. Y es indudable; el reino mineral en el Principado ha sido en todas épocas considerado como el más rico y preciado elemento de vida y prosperidad, y sobre el cual han fijado con particular empeño las miradas todos los que han deseado su engrandecimiento industrial. Astúrias, á sus múltiples y variados gérmenes de productos minerales, reúne condiciones especiales que la naturaleza le ofrece en sus bosques y en sus rios, los que le proporcionan cuantos elementos son necesarios para el fomento de su riqueza mineral.

La variedad en sus terrenos, no ménos que en especies minerales, se observa igualmente en to-

das sus regiones, si bien hallándose cada una de sus zonas principales caracterizada por minerales determinados ó dominantes. Para nuestro objeto podemos suponer dividida la provincia en tres regiones ó zonas, en cada una de las cuales se observan grupos de terrenos especiales ó *formaciones* en las que predominan ciertos minerales poco comunes á las demas; si bien mineralógicamente considerada es difícil, si no imposible, encontrar punto alguno de las tres regiones en que consideramos dividida la provincia, en que no se hallen idénticos minerales, pero cuya riqueza industrial, abundancia y demas condiciones varian muchísimo; los cuales, si bien son siempre interesantes bajo el aspecto científico, no lo son tanto bajo el carácter industrial. Así el Hierro y el Carbon, el Cobre y el Antimonio, se hallan igualmente en cada una de las tres grandes zonas occidental, media y oriental, aun cuando su importancia como productos de aplicación á la industria es muy diversa por la calidad y las condiciones de su yacimiento.

Situada Asturias en la parte occidental de la Península, se halla limitada al Norte por el oceano Cantábrico, al Sud por la cordillera de montañas que arrancando de los Pirineos, forma al rodear esta provincia los puertos secos de Tarna, San Isidro, Pajares, Somiedo, Piedra-fita y otros de menor importancia; al Este por los Picos de Europa y la Liébana hasta la ría de Tinamayor, límites entre esta provincia y Santander, y al Oeste por los confines de la provincia de Lugo, en las márgenes del rio Eo.

Su extension de Levante á Poniente, en el paralelo de Oviedo, es de 38 leguas, variando muchísimo en la direccion Norte á Sud, pues en la region occidental la parte más ancha llega á 14 leguas, no pasando de tres en el extremo oriental, en el meridiano de Colombres. Su superficie segun la triangulacion y los cálculos del eminente geólogo D. Guillermo Schulz, es de trescientas cuarenta leguas y un quinto de legua.

La region occidental de la provincia, que comprende desde la ría de Pravia, hasta la de Rivadeo por la costa, desde ésta hasta el rio Navia en el límite de la provincia de Lugo, y desde aquel punto hasta Leitariegos en la cordillera de los Pirineos astúricos, se halla constituida por la formacion *Siluriana*, la más antigua entre los terrenos del Principado. En ella aparecen rocas de la importancia de las *Pizarras* en todas sus variedades y con todos sus accidentes, la *Granwaka* y la *Cuarcita*, formando como el suelo ó lecho general en que descansan los minerales de

esta region. Se encuentran tambien, pero sin constituir formacion especial, rocas como el *Granito*, el *Pórfido* y el *Gneis* y otras varias. Es raro, sin embargo, que á pesar de la ausencia en general de las rocas calizas, se hallen en esta zona fajas de no pequeña extension de hermosos *Mármoles*, calizas sacaroideas y preciosas *Lumaquelas*. Como centro de minerales de aplicación industrial, ha debido figurar esta region en los tiempos antiguos de una manera notable, pues á ella se refieren gran parte de las relaciones de los historiadores, que aseguran era esta zona rica en oro y en materias preciosas (1). Mas hoy esa abundancia y *feracidad* apenas se conoce en cuanto á aquellos metales, si bien las *Galenas* ya naturales, ya argentíferas, el *Hierro*, las *Arcillas* y los *Mármoles*, abundan hasta el punto de que merezcan fijar la atención de los industriales.

La region media ó central, la más rica en productos de aplicación inmediata, está caracterizada por la cuenca *Carbonifera* de los valles de Sama y Mieres, Riosa, Quiros, Aviles y Santo Firme; buenos *Hierros*, excelentes y abundantes *Calizas* y piedras de construcción, *Arcillas*, *Yeso*, *Areniscas*, *Novaculitas*, algun *Cobre*, *Cinabrio* y las *Lumaquelas* que se hallan como en el tránsito á la region occidental. No ménos apreciable que esta es la region oriental, por la extension de sus *Cobres*, la presencia del *Cobalto* y del *Manganeso*, *Zinc*, el *Azabache* y los *Esquistos* bituminosos.

En el estudio de la Mineralogía de un pais, con relacion á su objeto industrial, no es posible hacer abstracciou de las circunstancias en que yacen las especies minerales, su explotacion y aprovechamiento, sus utilidades etc.; en una palabra, todo cuanto se relaciona ó refiera á la Minería ó aprovechamiento de los minerales en determinadas comarcas. Esta industria que en Asturias ha pasado por todas las vicisitudes, que ha tenido sus épocas de postracion y engrandecimiento, empieza hoy á colocarse á la altura á que necesariamente ha de llegar, si desaparecen los obstáculos con que ha venido luchando.

Los historiadores antiguos atribuyen á los Astures haber sido los primeros, entre los primitivos españoles, en dedicarse á la explotacion de minas y al *rebusco del oro*. Mas estas aserciones no pueden tener á nuestros ojos un gran va-

(1) *Natura regionis circa se omnis aurifera minúque et crisocolle et alliorum colorum ferax.* (L. Flori. *De Gest. Rom.*—Lib. IV. Capítulo XII.).

lor, siquiera las autorice la fé y el relato de escritores verídicos. Nada encontramos hoy más allá de la dominación romana que nos indique el beneficio ó el conocimiento de nuestras rocas y metales, por más que ciertos trabajos y labores antiguos se atribuyan por algunos á los Fenicios. No así de los Romanos, de los cuales nos han quedado vestigios que atestiguan sus trabajos y sus excelentes conocimientos en estas ciencias, particularmente en la explotación minera. Con efecto, las legiones romanas al extender su dominio por esta region hallaron nuestras montañas vírgenes, y al implantarnos su civilización nos dieron á conocer el modo de beneficiar los ricos veneros que atesoraban estas rocas *tan feraces en oro y en bermellon*; tal nos dicen las relaciones de los historiadores y el testimonio de no escasos restos de escavaciones, que aun hoy admiramos por lo vasto de su extensión y lo atrevido de sus construcciones. El *Oro* y el *Cobre*, el *Plomo* y el *Cinabrio*, eran los cuerpos sobre los que de preferencia dirigian sus investigaciones y de los cuales extraian no escasas cantidades. Pero fuese que sus labores entendidas agotasen los minerales ó bien que los naturales se cuidasen poco de su beneficio, ello es que pasada la dominación romana, los trabajos se paralizaron por completo, puede decirse, hasta los tiempos modernos.

En el siglo XVI, Felipe II concedió al insigne arquitecto Juan de Herrera, la propiedad por treinta años de todas las minas de *Cobre* y *Plomo* del Principado de Asturias; mas no hubo de hacer en ellas trabajos de ningun género por reparos que le pusieron *los del Consejo de Hacienda y Contadores*, de lo cual se lamentaba el entendido arquitecto del Escorial en un *Memorial* dirigido al Secretario de Felipe II, Mateo Vazquez. (1)

(1) *D. Juan de Herrera, Arquitecto mayor de Felipe II y el continuador de la magnífica fábrica del Escorial por muerte de Juan Bautista de Toledo, era oriundo de Asturias; y aquel monarca, como en recompensa al talento, laboriosidad y estudios del afamado arquitecto, le concedió la propiedad por treinta años de todas las minas de Cobre y Plomo del Principado segun dice él mismo en un Memorial dirigido, por el citado Herrera á la majestad de Felipe II, que entre otras cosas dice: «Hízome otro sí (S. M.) merced por 30 años de todas las minas de Cobre y Plomo del Principado de Asturias, de la cual merced ningun aprovechamiento puedo tener, porque los del Consejo de Hacienda y Contadores no dán lugar á que se asegure el gasto que en ello se podría hacer, ni*

De este modo caminaba la industria metálica de Asturias, beneficiándose la lápida puramente para atender á las primeras necesidades, y este abandono y esta ignorancia eran consecuencia forzosa del atraso que en general tenían todas las ciencias y las artes en España y muy particularmente en esta provincia, donde la falta de comunicaciones y el quietismo natural y característico de sus moradores, eran causas, más que suficientes, para que penetraran muy lentamente á través de estas montañas los adelantos y, en general, los estudios hechos en otros países.

Sin embargo cuando en el último tercio del pasado siglo y particularmente en los buenos tiempos de Carlos III, las ciencias y las artes cobraron tan gran impulso, merced á la saludable revolución que en ellas se operaba y cuyos adelantos contribuía poderosamente á estimular y difundir la creación de las Academias y *Sociedades Económicas*, la de Asturias no fué de las últimas en promover el desarrollo de su riqueza industrial en todos sus ramos, siendo la minería una de las en que con preferencia hubo de fijarse aquella corporación.

Si gloria, y grande, cupo al ilustre Jove-Llanos al despertar en la provincia con su talento y su saber la afición al estudio de estas ciencias, iniciando y llevando á cabo la creación en su patria, la villa de Gijón, de un Instituto, entre cuyas enseñanzas figuraba la Mineralogía, como ciencia que tan eficazmente había de auxiliar el desarrollo de la principal de las industrias del suelo asturiano; no ménos grande fué el mérito contraído por el sábio Conde de Toreno, incansable en promover los gérmenes de la industria mineral de la provincia, ya con sus escritos, ya con sus trabajos prácticos en los que mostraba conocimientos nada comunes (1)

el beneficio que se podría sacar así para S. M. como para mí; a cuyas causas las he dejado para que S. M. disponga de ellas, como más sea de su Real servicio.

(1) *D. Joaquín José Queipo de Llano, Conde de Toreno, abuelo del ilustré autor de la Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, hijo del país y conocedor de los elementos de vida y prosperidad que encerraba Asturias, consagró su talento y sus intereses al fomento de la industria minera, despertando con su ejemplo la afición á los estudios mineralógicos y dando á conocer con sus descubrimientos en el país varios minerales como el antimonio y el Amianto, hasta entonces ignorados en el Principado. Su excelente colección de minerales recogidos y clasificados por el mismo Conde, era una prueba de su noble afición, en*

Por este tiempo tambien comenzó á llamar la atención de los industriales de una manera especial la rica cuenca de *Carbon de piedra*, adquiriendo los trabajos de explotación bastante incremento, pues D. Juan Bautista Gonzalez Valdés, vecino y del comercio de Gijón, dedicado á beneficiar el carbon de Asturias, ofreció al rey Carlos IV surtir de este combustible á la Real fábrica de la Cavada, en la provincia de Santander, y al Departamento del Ferrol.

En la época que podemos llamar actual, la industria minera de la provincia empieza á despertar de su letargo, y Sociedades y particulares se esfuerzan por elevarla á un alto grado de desarrollo, aunque luchando con inconvenientes y obstáculos que han retardado y aun retardarán, de no ser removidos, su verdadero desenvolvimiento. Laudables son los esfuerzos empleados por aquellas empresas, que á costa de no pequeños sacrificios y luchando con toda clase de dificultades, han logrado en corto período de tiempo, no solo hacer patente la riqueza mineral de esta provincia, sino presagiar de cuanta extensión no es susceptible, cuando estos obstáculos desaparecan (1)

*la cual poseia conocimientos especiales, como los poseia y de ello ha dado muestras con sus producciones, en la Historia y Bellas Letras.*

(1) *Entre las varias personas que por si y á nombre de determinadas empresas han trabajado en el país con más fé y más constancia, debemos hacer particular mención, pues que ya no existe, de D. Adriano Paillette, de nacion francés, sabio ingeniero de minas y distinguido geólogo. Nacido en San Quintín (Departamento de L'Aisne) el 9 de Marzo de 1809, hizo sus estudios en la Escuela de Minas de Saint Etienne, pasando despues á dirigir varias minas y hallarse al frente de empresas industriales, en calidad de Director. Traslado á Asturias el año de 1839, se dedicó á estudiar los criaderos carboníferos, estableciendo desde luego por su cuenta y la de una casa de Paris, la explotación del carbon de piedra de Ferroñes (Llanera) punto inmediato á las grandes labores que más tarde se han practicado en Santo Firme: en 1841 abandonó estos trabajos para pasar sucesivamente á Langreo, Lena y Mieres, donde tambien se dedicó con la mayor asiduidad á los trabajos mineros, dejando en todos estos puntos los mas gratos recuerdos de su ciencia, laboriosidad y honradez. El año de 1857 hubo de retirarse á Paris, al lado de su familia, enfermo y sin esperanzas de vida, donde falleció el 27 de Marzo de 1858. Asturias debe mucho á este malogrado ingeniero, pues él fué quien en esta época promovió el amor á los estudios mineralógicos en la provincia, y con sus trabajos prácticos y sus escritos contribuyó grandemen-*

Ahora bien; por un conjunto fatal de circunstancias, hasta el dia, la industria minera y en general la aplicación que pudiera hacerse de las sustancias tanto metálicas como lapídeas que encierra este país, se ha movido en una esfera sino reducida, á lo ménos limitada á determinados productos, no obstante que la naturaleza ofrece en esta comarca excelentes elementos de estudio y de interés para la ciencia y para los industriales. Variedad y riqueza de minerales, maderas preciosas y abundantísimas, rios caudalosos, aguas abundantes, excelentes medios de construcción y el carácter de los naturales dócil, sufrido y por demás pacífico, son los elementos con que cuenta Asturias para la explotación de los productos mineralógicos que tanto han de influir en su engrandecimiento y bienestar. Pero de poco ó nada sirven tantos y tan variados elementos de riqueza, cuando causas, dependientes más de la naturaleza misma del país y otras extrañas á él, hacen imperfecto, y en muchos casos difícil, sino imposible, el planteamiento y desarrollo de esta industria y de las que de ella dependen ó con ella se relacionan.

Ageno seria ciertamente á la índole de este trabajo el razonar y exponer largas consideraciones sobre todas las causas que tanto han influido é influyen todavía en el lento desarrollo que adquieren en el país las manifestaciones de estas industrias; sobre ello se ha escrito mucho y hánse emitido muy atinados juicios, mas no dejaremos de indicar algunas de las causas que se oponen más ó ménos poderosamente al fomento de la industria metálica y lapídea del país.

Varios y de muy diversa índole son los obstáculos que se oponen en Asturias al progreso de su industria mineralógica; unos son esenciales y decisivos, otros accidentales y de mas fácil remoción. De estos últimos, que son inherentes y peculiares á los mismos productos objeto de industria, nos ocuparemos mas adelante, exponiendo tan solo en este momento algunas consideraciones generales sobre los obstáculos comunes á todas las explotaciones y que como causas esenciales retardan su desarrollo y beneficio. Figuran entre estas, en primer término, las comunicaciones tanto al exterior, como interiores.

La cuestión de caminos es sin duda la mas trascendental é importantísima, afecta á todas las explotaciones del Principado y ella sola, de no ser removida y allanada, hará inútiles las ventajas naturales que el país ofrece é infructuosas

*te al desarrollo de la explotación hullera y metalúrgica de la provincia.*

cuántos esfuerzos se empleen por los industriales para el desenvolvimiento de los multiplicados gérmenes de riqueza que encierra este suelo; si en todo distrito minero ó metalúrgico, si en cualquier comarca, aun la más accesible y fácil para la comunicacion, se hace necesario para el transporte de sus productos un buen sistema de caminos, particularmente cuando las sustancias minerales, ya por su valor intrínseco, ya por su abundancia, son de las que se venden á bajo precio; mucho más sensible se hará esa necesidad en Asturias, donde lo escabroso y accidentado del terreno y la abundancia en general de sus productos, hacen que el arrastre consuma muchas veces el valor de las sustancias trasportadas. Contra tan poderoso obstáculo en vano luchará el industrial que no cuente entre sus recursos con grandes capitales. Cerca de cuarenta leguas de costa, cuyos puertos no se hallan en las mejores condiciones, y esa cordillera de montañas, hoy insuperable, que ciñe á Asturias separándola del resto de la península, y cuyas ramificaciones en el interior hacen difícilísimo el transporte, son causas poderosísimas para que naturales y extranjeros se acerquen con temor á emprender explotaciones, cuyo resultado positivo es muy dudoso. Sin embargo, no podemos ménos de reconocer, que hoy van desapareciendo, aunque lentamente, estos obstáculos, si bien falta mucho para su complemento, que solo alcanzará, *un buen puerto y una red de caminos vecinales, auxiliada de los ferro-carriles generales de Leon al mar y de oriente á occidente*. Tan poderosos elementos vitales y decisivos para Asturias, se hallan de tal modo enlazados con la cuestion de explotaciones, que su realizacion traerá necesariamente la vida á gran parte, sino á todas, las comarcas mineras y metalúrgicas de la provincia, dándoles un gran impulso en su fomento, imposible de alcanzar en las actuales circunstancias.

MÁXIMO FUERTES ACEVEDO.

(Continuará.)

## LA HISTORIA DE MADRID.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO).

La Historia de Madrid?... *Ch' invenzione! ch' invenzione!!* gritará parodiando al personaje del Barbero un cualquiera de esos que pasean las calles de la coronada villa, lente en nariz, junquillo en mano, en la boca un cigarro, el aireuelto, desmayado el paso, y que con el abandono más *espiritual* y *fashionable* del mundo cocean á las gentes, escudriñan las tiendas, curiosean las mujeres, se paran en las esquinas, dificultan el tránsito, se esponjan en el bullicio, con cuantos topan charlan, y llenos de amor á la vida se entregan radiantes é insaciables á las delicias de nuestro españolísimo *hacer tiempo*, ó á los sabrosos y cultos goces de aquella vagancia curiosa é inteligente que Balzac apellidaba *gastronomie de l' œil*, y cuyas exigencias y refinamientos marchan en relacion con los progresos de las ciencias, las artes y las costumbres, sirviendo para estimar el valor moral, industrial y económico de cada época... Pues ahí es nada la Historia de Madrid!!! Como si esta vibrante villa, donde se ponen todos los ojos y donde cifran sus esperanzas los provincianos, y quién sabe si los extranjeros, pudiera tener ayer, pasado, tradiciones! Como si todo cuanto nos rodea, todo cuanto á la vista llama, dejase de evidenciar lo vivo y lo lozano, el carácter eminentísimo de lo moderno, lo nuevo, lo *último!*... ¿Dónde, dónde el arco apuntado de Búrgos y Toledo que al ánimo trae el recuerdo de los que fueron? ¿Donde los torreones de Avila, los muros de Tarragona, el acueducto de Segovia, los arabescos de Córdoba y Granada, los monumentos, las ruinas, los testimonios venerandos de otras edades? ¿Cuál es aquí el lazo que nos une con el ayer? ¿Qué hay aquí, en esta agitada vida de emociones y tramoya, de súbitos cambios, radicales transformaciones, deseos enérgicos, tentativas inverosímiles, trato franco y empeños audaces; en todo esto que nos rodea, nos preocupa y nos arrastra, espejo fidelísimo de lo que caracteriza á la febril y centelleadora edad contemporánea; obra quién sabe si satánica de ese espíritu infatigable que así enciende los reverberos de gas y macadamiza las calles como levanta las Exposiciones universales, tiende rails por llanos y montes, lanza al océano Leviathanes, construye túneles bajo el Támesis, dirige los globos por los cielos, mueve la locomotora, revuelve los telares, ata los hi-

Los eléctricos, reparte los periódicos económicos, agita los Parlamentos y, después de haber atormentado á Moorse, Sthephenon y Franklin, bulle en el cerebro de Edison; qué hay aquí, repito, que por los ojos del cuerpo ó del alma patentize aquella trabazon, aquella série, aquella continuidad de hechos, de intereses, de sentimientos, de aspiraciones, que constituye la historia de un pueblo y hace al individuo pensar que no es meramente el centro de todo cuanto alcanza ó cuanto sospecha, sí que un factor importante, pero *uno* al cabo, de ese mundo en que se mueve, que han contribuido á formar las generaciones precedentes y en que tienen derecho á vivir las venideras? En este Madrid de los desmontes de Recoletos, de la division y trasformacion del Retiro, del ensanche de la Puerta del Sol y la reconstruccion de las calles del Arenal y de Preciados, de los tranvías y el canal de Lozoya, del Teatro Real y de la Comedia, del Ateneo y la Sociedad protectora de los animales y las plantas, de la libertad religiosa y de la República del 73, cómo, á qué y para qué buscar tradiciones? ¡Oh! desvaríos del erudito! Oh! manías del anticuario! Siempre los mismos; siempre empolvados los cristales de las antiparras; siempre bajo la fascinacion de la medalla mohosa y del mueble acorazado!.... La historia de Madrid! *Ch' invenzione!*

Y sin embargo, es preciso convenir en que nuestras bibliotecas gimen bajo el peso de soberbios *in folio* consagrados á registrar las grandezas y las pequeñeces históricas de esta villa, celebrada cual pocas, su tantico envidiada, y en verdad merecedora casi por igual de censuras y plácemes. Un Fernandez de Oviedo, primer cronista que fué de Indias, dedicó el ánimo nada ménos que en la introduccion y el interior de cuatro volúmenes de extraordinaria marca, á consignar las excelencias pasadas y los méritos presentes de la vecina y señora del entónces abundoso Manzanares; sus grandezas contólas á principios del siglo XVII Gil Gonzalez Dávila, siendo á poco sobrepujado por el licenciado Quintana. Mediaba aquella centuria y Pinedo escribía los *Anales* de la ya entónces capital de España, y era tal la satisfaccion de las gentes, que por aquél entónces D. Antonio Nuñez de Castro podía titular un libro con esta frase arrogante *Sólo Madrid es Corte*. Del siglo XVIII son los escritos de Baena y las continuas referencias de Luis Cabrera de Córdoba en sus *Relaciones*; así como los eruditos trabajos de Pellicer, cuyo nom-

bre tanto vale entre los amantes de las antigüedades y las españolas. Con el siglo diez y nueve—es decir, con los grandes cambios morales y materiales de Madrid—léjos de desmayar el empeño toma extraordinarias proporciones, y tras el académico Cortes y el mologrado Azcona, cuya historia interrumpió la muerte en 1843, han venido el señor Mesonero Romanos con su *Antiguo Madrid* de 1861 y su *Manual histórico, geográfico, topográfico, estadístico y descriptivo* desde 1831 á 1854 (cuatro ediciones); los Sres. Amador de los Rios, Rada y Rosell con los cuatro grandes volúmenes de su ilustrada *Historia* (de 1864) y ahora mismo el Sr. Fernandez de los Rios con su *Guia de Madrid ó Manual del madrileño y del forastero* en 1876, de cuya obra van publicadas dos ó tres ediciones.

De otra parte, hay que reconocer también, si las cosas no se miran por encima, ó bajo la influencia de las aprensiones y los gustos particulares, que la materia sobre la cual sus libros discurren largamente, tiene verdadera importancia aun fuera del siglo en que vivimos: dentro del que, á no dudarlo, Madrid llega á una altura bajo todos los puntos de vista incomparablemente superior á la que presenta ántes en relacion con los demas pueblos de España.

Prescindiendo de si la ilustre villa del oso y el madroño era la romana *Mantua Carpentanorum*, y en tal concepto anterior ó no en muchos siglos á la misma ciudad eterna (como buena-mente afirmaba el *calendario* oficial, cuando no habia la libertad de profesiones que ha inmortalizado al zaragozano, consagrandolo por entero el derecho universal de *mentir de las estrellas*): dejando á un lado la deliciosa especie de que en épocas remontísimas en su recinto habia fabricado nada ménos que Nabucodonosor de paseo por España (!), y registrando como un simple dicho ó una suposicion más ó ménos aventurada, la noticia de que Madrid fue aquella mansion militar que entre Segovia y Titulcia está señalada en el Itinerario de Antonino Pio con el nombre de «Miacum» (1); es decir, haciendo todo el poco caso que es compatible con cierto respeto y cierta benevolencia, á lo que realmente sale fuera de la historia pero que ha hecho gastar mucho tiempo y mucha tinta á eruditos llenos del mejor deseo, siempre lo que puede precisarse desde que las crónicas españolas y arábicas comienzan á referirse á Madrid—que viene á ser á partir del si-

(1) Parece probable que cerca de este sitio se hallase.

glo X—es más que suficiente para que la atención en ello se ponga y la mirada siga el curso de los sucesos con interés no solo constante si que creciente.

El morisco Magerit

..... castillo famoso  
que al rey moro alivió el miedo  
sirviendo de amparo á Toledo contra las irrupciones del cristiano á través de Guadarrama y Somosierra; acometido al fin, dominado enseguida y abandonado luego por Ramiro II de Leon, en el siglo diez; conquistado á la postre y para siempre en el siglo siguiente por Alfonso VI el conquistador de la reina del Tajo: Madrid la del amplio Fuero de Sahagun, concedido para su poblacion y ensanche por Alfonso VII en el siglo XII y la de los grandes privilegios de 1329, que no solo establecieron su carácter definitivo de villa realenga de imposible enagenacion, si que organizaron el gobierno municipal mediante mútuas concesiones del concejo y del monarca, prescribieron la necesidad del voto de las Cortes para el pago de tributos y sujetaron á una misma ley y castigo al noble y al plebeyo que robare ó matare, premio todo de la lealtad y el amor con que los madrileños sirvieron la causa de Alfonso XI en aquella revuelta época de rebeldías y resistencias al poder real naciente: el señorío del destronado rey de Armenia Leon V, á quien obsequió con tan alta merced el rey Don Juan I á fines del siglo XIV: el lugar de la proclamacion de Enrique III, que reincorporó la villa á la corona castellana: la residencia frecuente de Pedro el Cruel y ordinaria de Enrique IV, que la concedió el título *de muy noble y muy leal*: la que tuvo Cortes en su seno ya en los primeros años del siglo décimo cuarto y la que asistió con sus milicias á las Navas de Tolosa, á la toma de Sevilla, á la batalla del Salado y al cerco de Algeciras; la tierra de la Beltraneja y probablemente de Isabel la Católica, cuya causa abraza enérgicamente y defiende contra los soldados del de Villena, apoderado del alcázar, obteniendo por tanta decision las nuevas franquicias de 1475, en cuya virtud el concejo pudo elegir todos sus regidores como si lo hiciera el rey mismo: la amiga entusiasta de doña Juana la Loca al punto de reñir seriamente, por ella contra los partidarios de D. Carlos: la tenaz sostenedora de los Comuneros, favorecida, sin embargo, despues por el emperador triunfante que añadió á sus títulos, con franquicias considerables, el de *imperial y coronada*; la exaltada devota de la causa borbónica en 1701 con-

tra el austriaco y en 1807 contra Bonaparte: la capital de *las Españas* desde Felipe II, cuando ya contaba treinta mil almas y dos mil quinientas casas: la villa del Buen Retiro y de los galanteos de Felipe IV, del auto de fé de 1680 y de los embrujamientos de Carlos II, del motin de Esquilache y del alzamiento del Dos de Mayo: la patria del primer duque de Osuna y del conde de Aguilar, de Fernandez de Oviedo y de Francisco Vargas Mejía, de Ercilla y de Antonio Perez, de Lopez de Vega y de Calderon, del Padre Nieremberg y de Tirso, de Quevedo y de Cañizares, de doña María de Zayas y de Chumacero, de los Moratinos y del Cisterciense, de Claudio Coello y Villanueva y tantos otros señalados en las armas, las artes y las letras; Madrid, la de los sombreros anchos y las retorcidas coletas, ¿cómo había de renunciar sus títulos, en rigor esencialmente políticos, cuando los antagonismos que la centralizacion ha provocado autorizan las censuras de que es objeto, ora presentándola como un pueblo jamas favorecido por el arte clásico, ora como un artificio del capricho monárquico, ora como el refugio de todos los desocupados, ora como informe y abigarrado conjunto de condiciones, intrigas, sueños, holganza... sin carácter determinado, sin rumbo preciso, sin fin conocido ni confesado!

Oh! no. Nada de eso es exacto. Aun no tomando en cuenta la historia de estos últimos cincuenta años, aun no discutiendo la actual importancia política, industrial, económica, literaria y social de la villa de San Isidro, hay en su laborioso ayer de sobra elementos para determinar un carácter: y por cierto el carácter más en armonía con el sentido más progresivo de toda la historia de España, y el que mayor relacion guarda con el espíritu de la civilizacion moderna.

Por manera que historia de Madrid la hay y lo que es más, abundante y llena, y de un modo tal, que su estudio y posesion ha sido por luegos años el sabroso y útil entretenimiento de muchos escritores hasta llegar á la hora presente en que sirve de materia á obras de distinto carácter como explicaré más adelante.

RAFAEL M. DE LABRA.

(Continuará.)



## LOLA LEE.

## SEGUNDA PARTE.

## I.

El día estaba claro, despejado, verdaderamente tentador aun para aquellos menos aficionados á disfrutar de los incomparables favores de la madre naturaleza.

En días semejantes, lo recuerdo bien, solía verme solicitado por apremiantes atenciones, por ocupaciones casi ineludibles; y al salir á la calle con ánimo de cumplirlas como hombre sesudo, miraba al espacio, me sentía contrariado, luchaba por breves instantes, y me decidía al fin á dejar mis asuntos para el día siguiente y correr entónces á satisfacer impulsos que me parecían nobles y benéficos y á los cuales servía de dorado acicate cada rayo de sol, y de halagador señuelo el recortado azul horizonte que tenía delante de mis ojos.

Había sido muy fría la noche, muy fría la mañana. ¿Qué placer mayor que salir de la ciudad húmeda y sombría é ir á buscar las caricias del astro esplendoroso, el calor y la luz, allá abajo, en las calles enarenadas, abiertas entre el verde césped, adornadas de árboles, transitadas acaso por la beldad prometida al corazón y no vista todavía?

No sé si alguno de estos motivos influiría también en la voluntad de los personajes de mi historia; pero es lo cierto que ellos estaban allí, ocupando uno de los rústicos bancos, sin preocuparse al parecer gran cosa de lo que á su alrededor pasaba. Bien es cierto que no pasaba mucho: algun coche vacío, tal vez el suyo, que subía y bajaba aguardando el momento de que sus dueños se diesen por fatigados del pedestre paseo; tal cual grupo de niños que hacían rodar el aro, ó se empeñaban en disputada carrera ó sostenían animado coloquio, más reído que hablado, seguidos de previsoras ayas ó custodiados por grave lacayo graduado de fiera, según lo proclamaba su muceta de pardas pieles; algun matrimonio burgués que iba á desquitarse de los años que había vivido prisionero detrás del mostrador con la esperanza de lo que ya era realidad descansada y apacible; tal cual paseante aislado, un viejo en su color natural, un joven predispuesto al celibato ó ahito de conyugales intimidades, una celebridad del porvenir enfrascada en sus disquisiciones, un Tenorio de niñas ó un paseante de verdad.

Indudablemente aquel paseo no estaba en moda, pero acaso por lo mismo tenía como mejor aquella gente, cada cual según su criterio. Y era verdad que se tomaba el sol á las mil maravillas y que se desplegaba el alma á sus anchas contemplando aquel firmamento purísimo, aquel suelo sobre el que se deshacía la costra de escarcha con ínfulas de nevado manto, aquella vegetación dormida y aquellas extensas perspectivas...

La pareja del rústico banco solía llamar la atención del que pasaba. Constituíanla dos per-

sonas que en su semblante y en su traje dejaban percibir dos hermosos dones de la vida: la juventud y el bienestar. Uno de los transeuntes, que con aire meditabundo discurría por la misma avenida, varió de expresión al mirarla, y casi me atrevería á poner aquí lo que pasó por sus adentros; de seguro pensó así poco más ó menos:

—«¡Hé ahí lo que se sueña! En la edad en que es el cuerpo instrumento dócil y acabado y en que es el alma foco de inspiraciones y de esperanzas, entonar aquí, oyéndolo solo *ellos*, bajo los templados rayos del sol, al lado de una mujer llena de gracias, una nueva frase del canto del amor bendito, canto que tendrá después continuaciones y resonancias bajo los techos artesonados, entre los blancos cortinajes, allá donde ellos saben, donde á los misterios y á las alegrías de ayer se enlazarán las alegrías y los misterios de hoy y los otros de mañana... ¡Hé ahí lo que se sueña! Armonías en donde quiera, luz en todas partes. ¡Cómo resuenan las armonías de la vida cuando el instrumento está colocado sobre aisladores de oro! ¡Qué brillo tiene el rayo de luz cuando cae sobre el diamante del anillo!»

Repito que el transeunte debió pensar así. Le conozco algo. Escribe versos, hace música, es pobre y tiene fé.

Pero más que estos soliloquios de un advenedizo, ha de interesarnos el diálogo de la pareja que los inspira.

—Como gusta el sol, ¿verdad, Antonio?

—Sí, hija, sí. Y aquí se toma admirablemente; estoy seguro de volver á casa con un dolor de cabeza como para mí solo.

—Qué exajerado eres!

—En cambio, esto distrae á cualquiera. Mira, allí viene el coche histórico de la Barizal, ese fósil que hoy se petrifica en los muros de una iglesia y que ayer...

—No tengas mala lengua, Antonio.

—Nó, mujer, nó; si es que te digo que esto está animadísimo. ¿Lo ves? Ya pareció el matrimonio del otro día con el señor aquel que trae una cruz en la bota derecha, condecoración sin duda otorgada á un callo distinguido.

—Qué ocurrencia! Já, já, já!

Lola reía de mala gana, y Antonio y Lola volvieron á callar. Antonio trazaba con su boston semicírculos y más semicírculos sobre la arena del camino; Lola abría y cerraba su abanico de encaje, miraba á los árboles y al cielo y á los semicírculos, acabando siempre por mirar con cierto disimulo y con expresión de cariño y de tristeza al rostro de su marido.

—Pues por más que tú digas, el calor del sol es ahora agradable, Antonio.

—Y tu conversacion variadísima. Vamos, hoy la has tomado con el sol.

—No seas tonto. Te repetía eso porque estaba ocurriéndome una cosa. Yo creo que en el otoño los árboles dejan caer las hojas para que el sol caliente ahora más su tronco y sus ramas, y para....

—Claro; pero por la noche volverán á ponerse-las para no cojer una pulmonía.—Está visto que no has de perder nunca tus ocurrencias de folle-

tin, tus romanticismos rancieros y tus figuraciones estrambóticas.

—Implacable está esta tarde mi señor marido.

—No tal. Es que yo no veo muchas cosas como tú las ves ó quieres verlas. Tú eres don Quijote...

—Y tú Sancho Panza.

—Puede ser. Mira: yo tenía un amigo algo parecido á ti, que disfrutaba de esas visiones beatíficas reservadas á los seres superiores, pero que él creía estaban al alcance de todos. Una noche fué el sastre á su casa; presumo que á presentarle alguna cuenta. Mi amigo estaba al balcon contemplando el cielo, y llamando al sastre le dijo:—Vea V., vea V. que noche tan deliciosa. ¡Cuánta estrella en el cielo! Eh? Qué maravilla!

—El sastre miró las estrellas y se quedó tan fresco. Mi amigo entónces, insistiendo, añadió:—Qué le parece á V. de eso, señor Sisas? Y el tal Sisas, despues de pensarlo un poco, contestó:—Vaya, ¿pues sabe usted lo que me parece? Una gran pieza de paño negro comido de la polilla.

—Vaya una ocurrencia!

—Cada cual vé las cosas, Dolores, con sus ojos. ¿Entiendes?

—Lo que entiendo es que tú las verías de modo más semejante al mío si hoy no te hubiera traído á pasear aquí, si hubiéramos ido á donde vá la gente, como tu dices, no á donde ahora, por decreto de la moda, vienen los aburridos, los excéntricos, los viejos y los niños. Tú no eres niño, ni viejo, ni excéntrico, ni..... aburrido. Yo tampoco soy nada de eso ....; pero soy una loca que encuentra todo lo que desea donde estás tú, que no necesita y ántes mira como estorbo la vana animacion de las gentes, porque así nada la distrae de mirarte, ni de hablarte, ni nadie le roba lo que quiere que sea suyo, suyo solo..... Si, Antonio, soy una loca, una pobre loca que quiere demasiado á un cuerdo, ¿lo oyes? á un cuerdo..... Nó, nó: á un tonto.

La voz de Lola, dado que la voz tomara colores, hubiera pasado por todos los del iris, mientras pronunció las palabras trascritas. Y el arco iris se podía explicar, no por simbolismo de alianza alguna, sino porque había humedad en la atmósfera. Lola acabó llorando su animada réplica.

—Gregorio, arrima!

Esta órden de Antonio hizo que un lujoso carruaje, que en tal momento pasaba por delante de nuestros interlocutores, se acercara al borde de la vía y se detuviera. Un lacayo se arrojó del pescante, abrió la portezuela y se descubrió respetuoso.

Antonio saltó al coche. Tras él, bajando sobre el rostro el velo de su gracioso sombrerito, subió Lola.

—A casa, vivo.

—Está bien, señor marques.

## II.

¡Cuántas cosas nos ha dejado entrever el diálogo transcrito! ¡Cuántas cosas han pasado en poco tiempo!

Enrique ha muerto: esto era lo que sabíamos.

Lo que nadie sabe es donde están sus despojos. Fué enterrado en la fosa comun, junto al compañero de armas, acaso junto al enemigo del día anterior, en la fosa de los héroes anónimos, desconocidos, olvidados, sin lápida, sin nombre, tal vez sin una cruz. La tierra que los cubre no sentirá jamás otro llanto que el del cielo, cuando la lluvia cae. El llanto que por ellos se vierta, humedecerá acaso las almohadas de un lecho en la ciudad lejana; acaso, mezclado con el sudor de la frente del labrador humilde, humedecerá la yerba de aquel campo en que el hombre jugó de niño, en que el muerto soñó de vivo.....

Enrique podía vivir todavía en alguna parte, en el corazon de la mujer adorada. Pero ya lo sabemos: Lola está casada, es la mujer de otro, y ay! sabemos más: Lola nunca fué la *viuda* de Enrique; no necesitó que el deber le impusiese olvido, que el soplo del tiempo aventase brasas y cenizas. Una vez sola tuvo una pesadilla angustiosa que la hizo consagrar un recuerdo obligado y desagradable á aquella tontería de chiquilla; soñó que una mano negra que bajaba del techo, la asía por los cabellos y se los arrancaba con rabia y la suspendía sobre un hondo abismo que se había abierto bajo sus pies y del cual subía denso humo que tiznaba su blanco rostro, convirtiéndola en horrible vestigio.—El espejo se encargó de convencerla al día siguiente de que seguía siendo blanca como lozana azucena; y Ricardo, el padre cariñoso, especie de José en este caso, se encargó de explicar el origen de la pesadilla, suplicando á Lola que usase peinado más sencillo y flojo para que no le doliese la cabeza.

Pero Enrique tenía madre, se dira, y las madres no olvidan nunca. Cierito: aman á sus hijos en la vida y en la eternidad; sólo suelen olvidarlos por momentos cuando ni viven ni han muerto.

La madre de Enrique tuvo noticia de todo, aunque Rufó apenas pudo hablar en su presencia: envueltos en lágrimas, empujados por sollozos, fué arrojando los pedazos de la terrible relacion á los pies de aquella mujer infortunada, como el mar arroja á la playa, entre olas y ráfagas embravecidas, los restos del naufragio. La madre supo que Enrique había sido herido peleando como un valiente, y había muerto martirizado por desengaño amarguísimo.

—Perdóneme V., señora, perdóneme V. como él me perdonará desde el cielo,—decía Rufó al terminar su relato y su confesion;—yo le atormenté en la última hora..... ¡miserable de mí! pero yo no sabía nada, ni podía presumirlo, ni lo creería jamás á no verlo..... Despues lo ví, despues lo supe... Ví aquel rizo estrujado, oí leer la carta en que un amigo leal participaba á mí inolvidable capitán lo que aquí pasaba... La bala había llegagado ántes que el aviso..... Pero ya lo sabe V..... él apretaba contra su corazon esta reliquia de su madre..... Murió creyendo en algo... en el amor de V... y en el de Dios....! V. ha querido oirlo todo... yo necesitaba su perdón... ¡Perdóneme usted, señora, perdóneme usted!

La madre de Enrique no perdonó, ni contestó, ni lloró siquiera. Mirando al suelo con mirada fija é inmóvil, pasando de una mano á otra algunos objetos que Rufo le entregara, moviendo los lábios silenciosamente, principió por sonreír con sonrisa de idiota y acabó por lanzar una carcajada descompuesta, de la que aun parece resonancia débil la que se oye algunos días detrás de una reja, dentro de uno de los piadosos asilos en que se alberga la más espantosa de las desgracias.

Vengamos á algo ménos triste.

Apenas Lola, tras de alargar su vestido, comenzó á frecuentar la sociedad, á asistir á bailes y recepciones, se vió hecha objeto de las atenciones más galantes y de numerosos obsequios. La *high life* española la invitaba á sus fiestas, la *crème* de los solteros la perseguía sin tregua; todos se interesaban por la hija del *yankee* opulento, siquiera tras de ese interés pudieran esconderse la envidia, los celos, la servil adulación ó la pretension egoísta. Ricardo sacrificaba por su hija no ya gran parte de sus rentas, que esto no era para sentido por él, sino sus gustos, sus inclinaciones, sus repugnancias y excentricidades; y esto era lo que implicaba la ceguedad de su cariño.

—Bueno,—decía una tarde á Dolores, teniendo entre sus manos una de las de ella;—iremos á casa de esa condesa ya que así lo quieres. Cierto que las gentes cuentan mil cosas nada favorables de la tal señora, pero como tu acabas de indicar, esas mismas gentes asisten á sus salones, y ó desmienten sus dichos con sus hechos, ó.....

—Sería muy cruel hacer el vacío en torno de la *desgracia*. Y muy aburrido.

—Aunque muy justo,—añadió en voz baja el *yankee*... que se presentó aquella noche con su hija en el baile de la condesa, según después lo hizo constar en su culti-galici-parla el diabólico Asmodeo que, entre larga enumeración de títulos y grandes, citaba á «Mister Lee y su bellísima hija, broche de nácar y oro que une lo más *charmant* de nuestra España con lo más remarcable y floreciente de América.»

Lola navegaba ¡por los mares del gran mundo sin temores, sin contratiempos, sin recelos. Fria para el amor, ninguna tempestad podía inquietarla; no teniendo rumbo fijo, jugaba sobre las olas que venían á su encuentro con arrullos aduladores; no pensando arribar á ningún puerto, ni se acercaba á los arrecifes, ni pedía auxilio á los vientos. Lola no sentía remordimientos por sus desdenes, por sus veleidades, por sus fantasías. ¿Había de mentir lo que no sentía? ¿Por qué le era tan fácil conseguirlo todo? ¿Dónde estaba la lucha que enciende las grandes inquietudes y sostiene la constancia? Lola tenía allá en el fondo de su alma tesoros de ternura inexplotados, y hasta creía á pié juntillas que debía andar por el mundo el consonante único de su felicidad futura, el *alter ego* irremplazable de su vida venidera. Entre tanto que esto parecía ¿por qué no reírse del que se manchaba un guante con una lágrima de amor? ¿Por qué

negarse á admitir un homenaje á que tenía indisputable derecho su belleza, sola ó en competencia con otra belleza siempre inferior? ¿Por qué no cumplir con la sagrada obligación de intentar el hallazgo de lo conveniente?

## III.

—Oye, Mercedes,—decía Lola á su antigua amiga Mercedes un día de vuelta de paseo;—siento de veras que hoy tengais también convidado á comer á ese marqués recién venido; pensaba hablar mucho de sobre mesa con tu mamá acerca de cosas que él llamará debilidades femeniles.

—No lo creas; aunque mamá se empeña en que es cargante y burlon, papá le estima mucho, y tú ya recordaras la amabilidad con que nos hablaba ántes de nuestro enfado y de su viaje. ¿Quién sabe si ahora que viene de París, podrá proporcionarnos alguna noticia de *haute nouveaute* para nuestro objeto?

—¿Qué ha de entender él de eso? Si no va á ningún sitio ni.....

—Te equivocas, Lola. Esta misma noche irá á casa de la de Altamar, y ántes, cuando nosotros no íbamos todavía á ninguna parte, apenas dejaba él de ir á una. ¿Por qué no vienes tú á casa de la Condesa? Lo pasamos muy bien la última vez. Concurren muchos hombres...y muchas feas.

—Pícara!

—¡Ay que tonta estoy! Voy á enseñarte lo que le encargamos al Marqués para regalar á mi prima Inesita.

—¿Cuándo se casa por fin?

—Dentro de dos semanas.—Mira: te gusta este aderezo? Verdad que es precioso? Vén, déjame ver cómo te va. Qué bien! qué bien!

Diciendo estas palabras, había puesto sobre el velador un magnífico estuche forrado en terciopelo de color de grana, había sacado las piezas del aderezo y había ido adornando con ellas el cuello, las orejas y los brazos de su bella amiga. Lola dejaba hacer y no se preocupaba ni poco ni mucho del brillo de las piedras ni de los caprichos del artífice. Nunca había tenido afición á esos esplendores que las mujeres de ordinario gustan de unir á sus gracias para lucir más. Alguien dijo que la vanidad de los hombres de talento arguye en definitiva cierta humildad, porque demuestran con ella que aún no están tan seguros de la admiración ajena que se den por libres de todo trabajo para conquistarla ó sostenerla. Lola tenía la vanidad de no ser vanidosa; tenía el olímpico orgullo de que se la adorase porque debía adorársela, sin que ella se impusiera la menor molestia, sin que el mundo presumiese jamás que reconocía en él el derecho de exigirle que se presentase con los usuales atributos de la magnificencia y del poder. Vestida con traje sencillo, á las veces extravagante, adornada con flores que á cientos brotaban en su jardín, ¿quién, no conociéndola por dentro, dejaría de creerla la modestia andando? Conven-gamos en que los extremos se tocan.

Un elegante *portier* que cubría la puerta del

gabinete inmediato á la habitacion en que se hallaban ámbas amigas, se levantó dejando paso á la señora de la casa, á quien daba el brazo el jóven Marques de Viérgel.

—Á comer, niñas, dijo con cariñoso acento Mercedes,—que así se llamaba tambien la madre de la jóven Mercedes.

El portier volvió á levantarse, y el esposo de la señora de la casa salió á su vez sonriente, exclamando:—Conmigo los dos pimpollitos; este brazo para tí, Lolita. Para ti este, chiquilla.

—Muy bien, muy bien, amigo mío: parece usted un jarron pompeyano.

—De Sevres en todo caso, Marques, que aún no somos históricos.

Durante la comida se habló de muchas cosas: de política—que al fin nuestra historia pasa en España;—de negocios—que en alguno estaban unidos el Marques y el papá de Mercedes;—de la última ópera, de los salones y hasta del tiempo. El Marques se producía con facilidad, con gracejo, con aplomo. No era el Marques un sábio, en cuyo caso agradaría de seguro ménos á sus oyentes, pues ya Voltaire dejó escrito que los sábios suelen estar mal en las menudencias familiares, como los danzantes en hacer saludos; pero era un hombre de mundo, un conversador entretenido al que daban un tono singular la misma crudeza de alguna frase ó el mismo cinismo de alguna afirmacion ó de algun juicio soltados con desden y á la ventura. Á los postres se le anunció que tendría el gusto de oír cantar una romanza nueva á Lola, acompañada al piano por Mercedes; y el Marques, apelando á la confianza que en la casa tenía, se limitó á contestar:

—Lo siento infinito, pero ha pasado más tiempo del que yo calculaba; un asunto urgente me reclama dentro de poco, y preciso es que estas señoritas me perdonen. Otro día me evitaré el disgusto de no oírlas, y conste que en este disgusto llevo ya la penitencia de lo que parece pecado de descortesía sin serlo en realidad.

Lola cantó á destajo aquella noche; no la romanza nueva, que era quejumbrosa y monótona, sino canciones chispeantes, movidas, alegres, como las que canta el dorado canario cuando se abren de par en par las ventanas de la hasta entónces cerrada habitacion y entra por ellas la meridiana luz con pujo de hurona insaciable; rió de todo, incluso lo que no era risible, y aún se burló de los marqueses que no pueden disponer de un cuarto de hora para ser finos. Lola al volver despues á su casa y quedarse sola en su cuarto, tras de despedir á su doncella á quien así aliviaba de quehaceres, siguió pensando en lo mismo sin disimulo: en el Marques. Se asombró de que hasta aquel día no hubiera hecho alto en él; se acordó de haber leído en un libro, tal vez místico, que el hombre corre muchas veces desalado tras de la felicidad que sueña lejos y que puede estar á dos dedos de sus narices; se le antojó que el Marques volvía de Paris más interesante y más guapo, y que parecía un hombre distinto del que tiempo atras y alguna vez había visto con perfecta indiferencia en casa de Mercedes; se extra-

ñó de que á ésta no le pasara algo de lo que á ella le pasaba y siguiera impertérrita en su afición á los militares; y así pensando pensando—si esto era pensar—se quitó su traje y vistió la floja bata, dejó holgados sus pies en más cómodo calzado, dejó suelto el rubio y no muy largo cabello que hizo caraclear á seguida y quedar sujeto graciosamente en la parte superior de su antística cabeza, quitó de sus orejas, que parecían la rúbrica de la gracia, los pequeños adornos que pocas veces llevaba, y fué á caer de rodillas ante una imágen de la Virgen de su nombre que había en la alcoba, á la cabecera del lecho.

Lola era creyente y era más, era supersticiosa. Aquella Virgen recibía todas las noches un sinnúmero de oraciones y estaba como asociada á los más pequeños incidentes de la vida de nuestra jóven. ¡Cuántas veces le había pedido su protegida que Ricardo la llevara á tal ó cual baile, si le convenía, ó que hiciese desaparecer al día siguiente la pequeña pupa que afeaba sus labios, ú otras cien y cien cosas parecidas! Lola se acordaba del Marques y, rezando, miraba á la Virgen, y pronunciando palabras que la lengua se sabía de corrido, dejaba brotar del corazon una pregunta relativa á si estaría ó no la felicidad de una mujer como ella en ser querida y en querer á un hombre como el Marques. Lola, repito, tenía los ojos fijos en la imágen y llegó un momento en que se le figuró que la cabeza de ésta se había movido de atras á adelante como hacemos los mortales cuando queremos decir sí.

—Lola, sin sorprenderse gran cosa de aquel pequeño milagro á domicilio, que bien pudiera ser cavilacion suya, terminó sus rezos, se desnudó en un santiamen, se acostó en el muelle lecho, hizo con un soplo, que apagó la luz, del reducido aposento un inmenso espacio oscuro, y con el resto de luz que quedara girando en su retina trazó sobre la sombra signos cabalísticos que acertaba á descifrar perfectamente y que correspondían á la respuesta de la piadosa imágen.

En el día que siguió á todo lo dicho, fué cuando Lola propuso á su padre asistir á las reuniones de la Condesa de Altamar. La obsesion persistía, y Lola seguía reclamando de todas las cosas contestacion y augurios. Cuando salió á la calle, advirtió que sin hacer ella esfuerzos para conseguirlo, su pié no pisaba nunca las rayas de las aceras, síntoma favorable en gran manera; notó que hallaba al paso personas de cuyo encuentro dependía que su idea obtuviera adhesiones, misteriosas; y hasta al entrar en casa de Mercedes, salió á abrir la puerta la doméstica en quien ella se fijara de autemano y no el criado que era de temer y que abría de ordinario.

Cierto que el Marques no estuvo al mismo tiempo en la dicha casa de Mercedes; que al siguiente día no fué ni al mismo tiempo ni á otra hora; que ay! tampoco apareció en el baile de la Condesa; que no se le veía en el paseo frecuentado por la sociedad elegante; que una, dos veces se le vió y no bastó el prestigioso poder de la belleza ni aún la imprudencia para fijar su atencion; pero todos estos miserable contra-

tiempos, no eran parte á destruir los anuncios unánimes de que en parte fué hecha mención; acusaban, sí, la lucha eterna de los dos elementos que andan á la greña en las mitologías, en el cosmos, en la humana vida, donde quiera: Ormuz y Arhiman, el bien y el mal, la voluntad y el destino, la luz y la sombra. Preciso era golpear el suelo, disputar la victoria para conseguirla en último término. Lola hacía esto, pero llegó el momento crítico para sus esperanzas y para sus empeños: el Marques de Viérgel había salido de nuevo de España; se habló poco despues de unos amores: iba á desvanecerse todo; Lola, víctima de la implacable suerte, estaba á punto de sucumbir en aquella batalla sorda, ignorada del mundo, librada en las profundidades de un alma nunca hasta entónces así conturbada y revuelta.

## IV.

Dadas las premisas, el llanto que á solas caía como abundosa lluvia de los azules ojos de Lola, era una consecuencia lógica, indeclinable. Si era cierto que en aquel hombre estaba vinculada la única felicidad de su existencia, si perdido él se perdía todo, hasta la esperanza que es el último amigo que queda al lado del infeliz, ¿cómo no sollozar y gemir?

El pensamiento de Lola que hasta entónces, como el rayo de sol que se descompone en el prisma y se quiebra y se bifurca y se difunde, pasaba por todas las irisaciones posibles y saltaba inquieto de uno á otro lado, de una cosa á otra, estaba ahora recogido y concentrado por maravillosa lente, y abrasaba sus sienes y enrojecía su corazón. La vida de Lola hasta entónces sin direcciones fijas, marchando por sendas tortuosas y laberínticas é indefinidas como los caminos de luz que las nebulosas indican en lo inmenso del cielo, giraba ahora alrededor de un centro, describiendo el mismo círculo, con la fatigosa carrera del sometido bruto que sigue la pista del redondel estrecho.

El mundo—ya va indicado—no sabía nada de esto: era humillante para Lola que el mundo lo supiera; no lo sabía Mercedes, que veía en la sociedad á su amiga admitiendo homenajes, prodigando sonrisas, acaso figurando en amorosas intrigas; no lo sabía siquiera Ricardo, aunque á su inquisitivo cariño no se escapaban síntomas particulares de algo que podría tener explicación sencilla.... En la soledad, en la reserva, Lola aumentaba con la voluptuosidad que hay en el dolor mismo, la desgracia suya, á fuerza de colgar excelencias á su ídolo y desnudar de esperanzas á su alma. El Marques era el hombre por autonomasia; su desventura el *non plus ultra* de las desventuras.

Una noche, en el retiro de su cuarto, Lola vió esto último tan claro, que ya fueron poco el lloro y los suspiros, y prorrumpió en gritos de angustia y de desesperación que en vano trató de reprimir y que llegaron á los oídos de su padre. Ricardo penetró en la habitación de Lola: vióla sentada en el lecho, con el rostro hermoso cubierto por las manos sobre las que caían mechones de dorado cabello, agitada, febril.

—¿Qué es esto? ¿Qué te pasa, hija mia? ¿Estás enferma? ¿Has soñado? Habla. ¿Qué tienes?

Lola, ahogando las quejas que salían comprimidas de su garganta, quiso dar una evasiva respuesta á aquella pregunta.

—Nada, papá, no tengo nada... Una pesadilla... una...

—No lo creo. Cuéntamelo; por mi amor!

Lola calló.

—Eso no es cierto, Dolores—añadió Ricardo en su lengua nativa, temiendo que álguien pudiera oírlos y para facilitar más la explicación de su hija.—Tú me ocultas algo; hace tiempo que he advertido en tí algun cambio extraño. Habla; será alguna tontería de amores ¿eh?.. Te han disgustado? ¿Te han engañado? Dí. ¿Te han ofendido?

Al pronunciar estas palabras el *yankee* frunció el ceño y cerró las manos como dispuesto á *boxear* con el mundo entero, si el mundo pudiera convertirse en un gigante y aunque tuviera por puños montañas de cuarzo.

—¿Por qué no respondes? ¿No sabes lo que te quiere tu padre? ¿No sabes lo que puede un cariño como el suyo? Con él, con tu hermosura, con tu riqueza, ¿qué habrá imposible para tí? ¿Me lo dirás?

—Sí, dijo impetuosamente Lola.—Oye.

Lola se lo dijo todo á su padre, al que le prometía un triunfo tenido ya por irrealizable. Ricardo lo oyó sin hacer el menor signo de extrañeza, sin interrumpir con un monosílabo siquiera aquel relato vivo, exaltado, delirante.

—Loca, loca—concluyó Ricardo besando con amor la frente de su hija;—¿y es eso todo? Duerme, duerme tranquila; ingrata eres para conmigo, picarilla; pero ya verás cómo pago yo las ingratitudes. Mañana estarás contenta, y dentro de poco, mucho más contenta todavía.

Ricardo no sabía cómo había de proceder; pero sabía que su hija no podía ser desgraciada. Su preocupación, al fin y al cabo, no duró mucho. Los proyectos de viaje, recibidos con entusiasmo por Lola, las sigilosas pesquisas, la caza de relaciones y amistades, quedaron en suspenso á los pocos días:—el Marques de Viérgel estaba de vuelta y volvía tan soltero como á su marcha.

—¿Qué placer, Virgen de los Dolores!

El *ideal* de Lola, recién llegado de París, Berlin, Lóndres y otros centros, estuvo pronto en autos, penetró con mirada segura el carácter de Lola y con cálculo exacto la cuantía de la fortuna del viudo pertinaz: fuélo él á su vez en aparentar desdeñarse, como quien sopla el fuego para encenderlo más, fingiendo querer apagarlo; y en vano vinieron á última hora algun reparo del padre, que era escrúpulo de monja para la joven enamorada, algun aviso de fuera, que por la envidia se explicaba bien, alguna duda liviana, que el tiempo iba á encargarse de borrar.

Los misteriosos confidentes de Lola y sus deducciones eminentemente subjetivas, reaparecieron y se reprodujeron todos los días. Lola seguía andando sin pisar las rayas de las aceras las contadas veces que salía á pie de su casa. Lola había dado con un hombre que por inspiración la

llamaba Dolores con todas sus letras lo mismo que su padre, sin contracciones ni diminutivos. ¿Qué augurio mejor para ella que toda su vida había odiado esas terminaciones aññadas, y que sentía escalofríos cuando alguno la llamaba Lolita ó Dolorcitos? Ah! esto de Dolorcitos era horrible.

Repito que el Marques había dado en el *quid*. El día mismo anterior al matrimonio, cuando parientes, amigos, bienhechores y *despellejadores* estaban ya notificados ó noticiosos del asunto, y puestos en batalla las galas de boda y los regalos de ordenanza, y publicado por el cura lo que el concilio de Trento mandó,—aquel mismísimo día, aún el marqués hablaba así á su futura, casi presente:

—Dolores, todavía estás á tiempo; todavía puedes volverte atrás sin temor siquiera á que yo me enoje ni me sienta humillado ante el mundo que tan sin cuidado me tiene. La menor duda, la más pequeña repugnancia, el más ligero motivo, pueden ahora verse satisfechos. Te hablo con entera lealtad; obra tú con libertad perfecta.

Indudablemente á un sér tan escurridizo era preciso que lo pescasen, que lo atasen, que lo agarrasen, las redes del capricho, los lazos del amor, hasta las uñas y los dientes de la rabia.— ¡Fastidiosos!

Lola se casó, se casó con el Marques de Viérgel, con aquel caballero que acompañaba á la mamá de Mercedes el día en que Lola conoció á Enrique, con aquel Antonio que á su lado tomaba el sol y hablaba como hemos oído.

¿Seguía Lola amando al Marqués? Amaba el Marqués á Lola? Era feliz la antigua amante de Enrique? Algo que se parece á respuesta hubimos de sorprender en el diálogo atrás referido; algo y aun algos nos dirá lo que sigue.

FELIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

## ECOS Y RUMORES.

Si todos los ecos y todos los rumores que llegaron y llegan á mi oído pudieran bajar hasta mi pluma, á fé mía que tendríamos hoy materia más que suficiente para pasar el rato Vds. y yo; pero el pescador humilde que prepara y tiende su red de débil malla para pescar las pequeñas y sociables sardinas, retiraría de seguro temeroso y sobresaltado al ver acercarse el corpulento y soberbio cetáceo; y no de otro modo yo, que soy como quien dice el aludido humilde pescador, me libraré muy mucho de meterme en pesca mayor y habré de contentarme con la de costumbre, fingiendo que no me importa un bledo que naufrague Mac-Mahon y suba Grevy, ó que en el golfo de la política pátria se agiten las aguas y comiencen á descubrirse las siluetas de mil y mil candidatos, todos sábios, todos desin-

terados, y los síntomas de la marejada electoral con pujo de *galerna*.

o  
o

Al fin y á la postre, lo pequeño no es lo despreciable.

Jesucristo buscó á los pequeños y llevó á cabo la más gigantesca obra que registran los siglos.

Del diminuto gérmen sale el árbol corpulento que se yergue para hablar á la nube que pasa.

Preguntad al Himalaya por qué es grande, y os responderá, mostrándoos la conchita ínfima del numulito y del pecten, que su grandeza es el resultado de lo infinitamente pequeño, una democracia inmensa simulando un imperio colosal.

Dado el invisible alveólo, la célula inicial, se explica el Universo, la creación entera.

La mole puede ser reducida á átomos. ¿Quién destruye el átomo?

Repito que lo pequeño no es lo despreciable, ni mucho menos; y voy más léjos: creo que al presente es lo importante.

Al hombre, armado de los numerosos medios de destrucción que ha descubierto, no le intimidan hoy el melenudo león, el remendado tigre, el águila rapante, el elefante vestido de lija.

Al hombre que es dueño de un pedazo del planeta á título de propietario, no le quita hoy el sueño el pensar que al día siguiente una horda de vándalos, nervudos y atléticos, puede asolar sus campos, destruir las cosechas, robarle su trabajo y sus esperanzas.

Pero este hombre civilizadísimo, poderosísimo, dominantísimo, almuerza un día una lonja de jamon de Wesfalia ó de cualquiera otro pacífico lugar, y al día siguiente se queda frío como la nariz de un perro y tieso como un garrote.— ¿Por qué? Porque con la sabrosa magra se tragó un ser imperceptible, microscópico, una *trichina*, un animalejo que sabe abrir en el cuerpo humano túneles por donde se cuele la muerte en un santiamente.

(Entre paréntesis: ¡lástima es que el Pajares no sea un cuerpo humano, un cuerpo mayor, para ponerle á régimen de jamon *entrichinado*!

Aquel hombre civilizadísimo etc., se levanta un día muy tranquilo y se encuentra de manos á boca con que un insecto despreciable, un granuja de lo viviente, la floxera, el pinton, la langosta, ha talado sus mieses, ha acabado con sus cepas, se le ha subido á las barbas y le ha hecho bajar la cabeza.

Indudablemente los pequeños son hay los mayores enemigos del hombre.

Yo creo que la naturaleza está planteando el problema social en toda forma.

Sea como quiera, resulta probado que no debo lamentar mi incapacidad para tratar los asuntos gordos que á estas fechas preocupan á las gentes; y que éstas y, principalmente nuestro Ayuntamiento, no deben echar en olvido eso de la *trichina*, ni lo de la *fuschina*, ni cuantas *inas* merezcan ser tratadas como *onas*.

..

Sigamos, pues, con lo pequeño, es decir, con lo importante, y hablemos de las mujeres: tengase en cuenta aquello de «la mujer y la sardina chiquitina», sólo como razon de método.

En diferentes sitios he conseguido verles la caras durante esta última decena.

La tradicion exigía que por la Candelaria diera un baile el Casino, y ya se sabe la fuerza que la tradicion tiene en la humanidad, y especialmente en España, y especialísimamente en Oviedo. Cierito que la tradicion exigía más, porque exigía que el baile fuera de etiqueta, que las niñas fueran más ligeras de ropa y más cargadas de *toilette* y que los hombres vistiesen el puntiagudo frac; pero tambien á la tradicion se le cortan los velos en muchos casos, y de ahí que el baile fuera de confianza.

—La confianza mata al hombre! exclamó con tristeza un gallo amigo mío, al advertir los cuerpos subidos y las mangas largas.

A parte de esta lamentacion, es indudable que procedía un baile con motivo de la fiesta de las Candelas. Profanamente hablando, las *candelas* de las mujeres—vulgo ojos—son acreedoras á eso y á mucho más. La mujer misma es una llama. En el sistema religioso de los egipcios, el fuego, en tanto que calentaba y quemaba, era masculino, en tanto que esclarecía é iluminaba era del sexo femenino. Yo opino que los egipcios no sabían de la misa más que la media; y ésta mal.

Las mujeres, las mujeres! Cuántos tizonazos nos han de costar..!

..

Tambien había mujeres en el teatro la noche en que la compañía de zarzuela dió su última inesperada funcion á beneficio del cuerpo de coros, poniendo en escena *Marina y C. de L.* y recogiendo aplausos.

A esta noticia debía preceder la de que el

abono abierto por la nueva empresa no pndo terminarse.

Nos hemos quedado *in albis*.

Digo mal: nos hemos quedado con una pequeñez, con una niñería, con el teatrillo mecánico del Circo-Lesaca; y Oviedo, por lo visto, opina como yo, opina que lo pequeño es lo grande, y asiste á las funciones de los autómatas liliputienses. ¡Qué candor!

Propongo que juguemos en los salones á «la pita ciega» ó «al milano que le dán.....»

..

Escritos los anteriores renglones, llega á mis manos un impreso en que se anuncia la reapertura del teatro con una compañía de declamacion al frente de la cual figura el conocido actor don Manuel Catalina.

El abono abierto es solo de diez funciones, y entre las obras que han de ponerse en escena, se indica *El nudo gordiano*.

La compañía se trasladará despues á Gijon, segun noticias.

Pues señor, sea bien venida, y volvamos á pasar las noches en el feo y polvoriento teatro con que contamos los ovetenses para gloria...del Dr. Andren y prez de todos los líquenes y ferdillos conocidos.

Suplico, sin embargo, á quien corresponda, que no se dé paz á la vara y al plumero, que tan buenos servicios pueden prestar en los palcos y lunetas. No sea cosa que nos persigan por *carbenarios* ó *manos sucias*.

..

He oído decir que la obra de restauracion del retablo mayor de nuestra Catedral, con tanto celo y desprendimiento acometida por el dignísimo Prelado, va notablemente adelantada y se hace á conciencia.

Á medida que la imagineria, doseletes y demas partes se completan y preparan con toda escrupulosidad, van colocándose de alto á bajo; y pienso que cuando dentro de algunos meses los cinco grandes compartimientos del precioso y antiguo monumento (terminóse en 1518) se ofrezcan á los ojos de las gentes restaurados y completos, han de proporcionarnos á todos motivo de sorpresa y admiracion.

Mi ilustrado amigo y colaborador de la REVISTA Sr. Labra, en un notable trabajo que acerca de la Catedral de Oviedo publica en *La Ilustracion gallega y asturiana* (colega distinguidísimo de Madrid), propone y agita la idea de restaurar

tambien el magnífico Claustro gótico; y en verdad que esta empresa es digna por todos conceptos de ser llevada á cabo, siquiera por el momento no se cuente con los medios precisos para ello.

Aquí está el *basilis*; pues me consta que no son agenos á este deseo los que más á menudo y de cerca ven las bellezas artísticas del renombrado templo.

°°

Actualmente se está construyendo en Asturias, en Sandiche por más señas, *el primer puente de hierro español*. En ninguno de los puentes de esta clase que en las vías férreas y ordinarias existen hasta la fecha, todos, absolutamente todos los materiales empleados, son, como en éste, exclusivamente nacionales.

Como el caso lo merece y hace además honor á la industria de la provincia, me prometo que alguno de nuestros colaboradores facultativos tratará de él con los oportunos detalles y apreciaciones.

°°

A propósito de puentes.

Segun aviso oficial, el de Cornellana, averiado desde las últimas fuertes lluvias, ha quedado ya reparado provisionalmente y expedito para el tránsito.

Celebraré que no se eche en olvido el carácter de la reparacion, que no vaya convirtiéndose en definitivo lo provisional, hasta que llegue un nuevo crítico momento en que las crecidas del rio se lo lleven todo y originen gastos que ahora serían mucho menores.

La advertencia no huelga, créanlo Vds.; por que en España somos así.

Todavía continuamos poniendo en las cartas el sello *provisional* del impuesto de guerra.

De cuál?

°°

A más de las fortificaciones de Gijon, se trata de levantar otras en otro puerto de nuestra costa. Así lo cuenta un rumor.

Como yo soy *paisano* y lego por tanto en el asunto, me limito á consignar que nos fortificamos; y si fuera diputado, es fácil que por seguir el plan, propusiese que se propinara por el gobierno á mis electores... aceite de hígado de bacalao.

°°

Los Carnavales están ya á la puerta de casa,

y se dice que en Oviedo se preparan numerosas comparsas que recorrerán durante los tres dias las calles, tocando escogidas piezas *gratis et amore*.

Una de las proyectadas comparsas está ya adiestrándose en un instrumento llamado *ocarina*, en el que por cierto hace algun tiempo oí ejecutar difíciles piezas á unos concertistas que se titulaban *Montañeses de los Apeninos*.

Posible es que los *montañeses del Naranco* rivalicen con ellos, pues por algo tiene fama de especiales disposiciones musicales este pueblo.

Y si no ahí están D... Fulano y D... Perencejo, que no tienen rival en tocar el violon.

El Casino, el Teatro, el Circo, el salon de la calle de la Platería y el de San Vicente, ofrecerán tambien bailes de todos los matices ó, mejor dicho, de todas las luces: desde la del candil acongojado hasta la del mechero eléctrico coqueton y fulgurante (?).

En cuanto á bromas, si estamos para ellas, las habrá por todo lo hondo.

En fin, no precipitemos las cosas.

Ya hablaremos en nuestras próximas entrevistas de eso, de lo otro y de lo de más allá.

°°

Una mala noticia para concluir.

En Astrakan se ha declarado la peste negra, y los rusos toman medidas extraordinarias para impedir la invasion de una enfermedad que, por lo visto, echa la zancadilla á todas las epidemias de distintos colores que hasta ahora conocíamos.

Cualquiera se pone blanco como la pared al oír los estragos de la peste negra.

Se ignora si el blanquete que usan las mujeres servirá como defensa; pero he advertido que una amiga mía ha doblado la dosis estos dias.

¡Dios nos libre de esas negruras, cuyo solo anuncio me hace aborrecer hasta la tinta con que escribo!

Por eso hago aquí punto final.

SALADINO.

